

**¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?**

**ISABEL VELASCO**

**AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO**

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena



Ubicación: 11 (030 - 67)

Año: 1948 C:

SYS: 968848

Biblioteca Nacional



\*229128\*

M(030-67)

Pare los poetas  
bailos peni bones  
yerie silue Osse  
homeneff al cain  
fu reemff me hundee  
bon efect de  
y petel Vefew B

---

24 Sept de 1878

Agrupación Amigos del Libro  
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa  
Carlos López Labaste  
Carlos George-Nascimento  
Oreste Plath  
Pepita Turina  
Alfonso Calderón  
Claudio Orrego Vicuña  
Arturo Valdés Phillips

N.° 3820

Tiraje: 1.000 ejemplares.  
Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento S. A.  
— Arturo Prat 1428 —  
Santiago de Chile, 1978

968848

*¿Quién soy?*





*En un fundo de Curicó, la niña María Isabel juega como un muchacho, entre sus tres hermanos varones.*

*Ama los árboles, admira los secretos del matorral, siente el canto de los pájaros, conoce el movimiento, el vaivén de los trigales, se enamora de los ríos, de los esteros.*

*Se embelesa con los caballos, su caballo Muñeca la escucha y ella se enternece con su inteligencia.*

*Oye la parla de los campesinos y aprende que no hay más que un crimen: la humillación de los pobres.*

*Como travesando entra a la literatura, funda con sus hermanos una revista de circulación familiar, en la que se hacen referencias muy directas a toda la parentela. A los pocos números se prohíbe*

su circulación. Hubo interrogaciones, condenados por sospechas, arrestos domiciliarios.

No quedó la bandera sin su estrella, ni el caracol sin su resonancia, ni le arrancaron la guitarra al canto.

Vienen los días fraguados por el destino.

Niña, conoce el amor y el desamor. La espera que transforma extrañamente los paisajes, las construcciones del alma.

Una habitación que se multiplica o que se reduce y desespera. Un rostro que se ve en los retorcimientos de la niebla. La primera y la última luz del día le parecen iguales. El encuentro esperado que se vuelve desencuentro.

Después, vive junto a tantos exilios de los suyos, sin poder esconder sus lágrimas.

Conoce la violencia, que es la violencia de la injusticia. El canto de la escritora se hace desencantado y esperanzado en soledad y silencio.

Dominada por una nostalgia profunda, crea así una emoción que hace parte de su vida o sus dolores.

Sus angustias, tan humanas y tan vivas, se vierten en su poesía.

La afamada novelista María Luisa Bombal, que

*prologó su tercer libro, "Tú, Ayer", escribió, hablando de Isabel: "¿Dónde, me pregunto, encontrar las palabras para definirla? Si es algo como el querer adentrarse en un secreto".*

*La cantante Rosita Serrano, lleva por el mundo esto que cuidadosamente reserva su poesía, porque se ha vuelto canción y adquiere resonancia.*

ORESTE PLATH.



## ISABEL VELASCO

Vengo de una familia de agricultores, mis antepasados paternos y maternos lo fueron. Mi padre fue agricultor y Guillermo Hargreaves Cortínez, mi marido, también lo es.

Las tierras de mi familia se perdieron; primeramente por viajes a Europa, después por malas cosechas y finalmente por repartos de herencia. La Reforma Agraria no ha tenido la culpa de que sólo me quede el campo de Guillermo, tan cerca de Santiago y tan lleno de smog que no dan ganas de visitarlo ni para las fiestas de guardar.

Don Belisario Velasco Moreno —agricultor de corazón—, se casó con doña Constanza Baraona Ortúzar —esposa y madre inmejorable.

Vivían en San Miguel, un fundo que queda en Romeral, camino a los Queñes.

Tuvieron cuatro hijos: Belisario, Isabel, Ismael y Patricio. Estas seis personas constituimos una familia muy unida e inseparable.

Me crié bajo la protección del padre y tres hermanos sanos, fuertes e intachables. Pienso que de ahí viene mi tendencia al machismo. Creo que para sentirse realizada, una mujer no puede pasarse sin el apoyo, consejo, amistad y amor de un hombre.

Mi surco fue Curicó, calles con tiendas y vitrinas de cristal. Cajas de sorpresa que guardaban todo lo que un niño podía imaginar y, después muy cerca: Romeral, lugar de cielo brillante, de lluvia gruesa, de libertad para correr y soñar historias entrelazadas a leyendas y creencias campesinas.

Romeral, con su camino de piedra y tierra dura y más allá la montaña, que parece decir:

—Hasta aquí llega el mundo.

San Miguel de Romeral, con callejones que delimitan esas plantas salvajes que crecen solas y son enemigas cuando sus espinas hieren las manos que roban sus frutos morados.

En los potreros, puntitas verdes rompían la tierra, crecían y al ponerse doradas se volvían espigas que también herían. Espigas que al llegar a su madurez eran segadas por brazos fuertes que las separaban de su madre raíz, quitaban sus semillas y las dejaban convertida en esa madera quebradiza, llamada paja, que nadie cuidaba porque no era trigo. La paja se amontonaba hasta formar una parva que con el tiempo, la humedad y el viento encogía. Me daba temor crecer también, tornarme un día parva o volverme como la bruja del cerro que, echada sobre sus huesos, se veía cada día más pequeña y café.

Quizás el temor que siempre cargo, el desgano por luchar, me los dio la naturaleza en mis primeras cavilaciones de niña.

Los choclos con sus pelucas de payaso, enfundados y pretenciosos, me parecían antipáticos, en venganza pueril dejaba que mi caballo los comiera para oírlo masticar y hacerlo feliz con tan rego alimento.

La casa de adobes, en donde las avispas hacían sus nidos de barro, estaba rodeada por corredores de ladrillos rojos. Al centro un patio con naranjos

de hojas lustradas. Fuera, el jardín y las palmeras que aún deben estar allí y las flores y árboles plantados por el abuelo. Hogar amado que, para mí, no tenía más misterio que la palma de mi mano.

A don Garra, el primer caballero que me ofreció un cigarrillo, le debo el vicio de fumar, hacerlo con pericia y una tos muy poco atractiva.

Don Garra, que habitaba unas piezas de la llavería fabricaba sus propios cigarros. En un papel arrugado envolvía tabaco, lo pegaba con saliva y fumaba él, y fumábamos nosotros. Siempre imaginé que el origen de su nombre venía de sus uñas largas, amarillas y encorvadas. Un día lo encontraron muy enfermo. Vino el médico; preguntó su nombre.

Sorprendida, escuché que se llamaba:

—Segundo Garrido. Edad aproximada, 60 años.

Se llevaron a don Garra y con él un trozo de nuestras vidas que dejó una inquietud. Preguntar e interesarse por un amigo, adentrarse sanamente en su soledad, animarlo desesperadamente con un eco de su vida más feliz. Si conversando le hubiera dicho: “Gracias, don Segundo Garrido por sus

cigarrillos”, quizás se hubiera cortado y lavado las uñas, se hubiera vuelto más sociable, quizás hubiera expresado que tenía escalofríos y le dolía la espalda; o tal vez, hubiera sonreído y nada más.

Doña Celia, la dueña del despacho o pulpería, fue el primer contacto comercial que mis hermanos y yo tuviéramos.

Doña Celia, que nos fiaba, “por ser Uds.”, no parecía sincera. Nos habíamos fijado que ninguno de sus clientes pagaba antes de los quince de cada mes, por lo tanto, no teníamos trato preferencial. Nunca quisimos a doña Celia, pero la despreciamos cuando vimos a la señora del maestro Gilberto suplicar y llorar para que le entregara aceite, fideos y velas. Doña Celia no se conmovió. No hubo crédito hasta que cancelara la quincena.

Gracias a doña Celia aprendimos que las cuentas traen problemas, que pulpería viene de pulpo, que los pulpos son moluscos que tienen tentáculos, que los tentáculos son manos que aprietan y que los pulpos se comen a las especies más pequeñas. No pisamos más el despacho de doña Celia y nos lavábamos y lavábamos las manos para que no crecieran. Finalmente nos consolamos pensan-

do que los bombones del almacén eran duros y que las galletas siempre venían quebradas.

Había días que necesitábamos inspeccionar más lejos; investigar, tener miedo, sentir emociones. Entonces atravesábamos campos de trébol y nos deteníamos a buscar uno de cuatro hojas, para tener suerte y no encontrarnos con la Bruja del Cerro. La “Bruja Siamesa”, que era huérfana y se había comido a su hermana, se alimentaba de carbonada guisada con sapos y flor de la higuera. Para deshacer su maleficio compusimos una oración que decía:

*Bruja Diabla*  
*Bruja Siamesa*  
*a la Bruja*  
*brújula*  
*esdrújula*  
*estrújala.*

*La Vieja Bruja*  
*ya se fue*  
*ja-ja.*

*La Bruja  
ya voló  
jo-jo.*

Finalmente llegábamos al cerro donde había una cruz que al atardecer alumbraban las velas llevadas por sus fieles. A la oración —anocheciendo ya— para acortar camino, regresábamos por entre los pastos acompañados por el canto y orquesta de grillos, ranas, tue-tues, una tórtola rezagada y, a veces, por la luna.

Otros días llegábamos a un lugar llamado Isla, donde crecían espinos y litres; luego mucha arena y al fondo: el río Teno. Ese lugar, de belleza tan opuesta al resto de mi tierra, era el que más me atraía. La lucha de las plantas por subsistir me acongojaba.

En la Isla desatábamos nuestra imaginación. Fuimos buscadores de oro, colonizadores y pieles rojas. Cabalgando sin aperos, corríamos entre polvo y gritos de guerra hasta hundirnos en el río, para luego salir caballos y jinetes cada uno por su lado.

Cerca del río vivía doña Uberlinda, pastora de ovejas y cabras. Sus hijos eran huérfanos que compar-

tían nuestros asaltos apaches. Después, para fumar la pipa de la paz, nos invitaban a su rancho, donde nos esperaba doña Uberlinda con pan amasado y queso fresco.

Mis hermanos me arrastraban con sus historias de indios, bandidos, caza de liebres, gallinas y pavos.

Tanta aventura y safari, a veces era castigada. Generalmente el castigo más cruel consistía en la prohibición de pisar tierra, es decir, no bajar de los largos corredores que, con incontables pilares, circundaban las coloniales casas del fundo.

Esta reclusión era la ocasión que yo no desperdiciaba para impresionar a mis hermanos con mis dotes de buena banquetera.

Para Pascua me habían regalado una cocina igual a las de verdad, sólo que más pequeña. En ella preparaba las mejores recetas de guisos, postres y galletas. Nunca he tenido mucha paciencia y ahora creo, que esos preparados apenas sancochados, fueron los causantes de repentinas enfermedades estomacales que padecemos.

Además, Clotilde, la dueña del repostero, daba muy pocas facilidades para preparar exquisiteces.

Siempre enojada, exclamaba entre dientes:

—Mire misia, no me desparreme la harina ni me gaste los PORVOS ROYAR. Huevos no le doy niuno más y ni que pienso en soplarle el juego. Su juguete que no tiene tiraje pal cielo me tiene toilito ahumao. Más bien dígale al Ramón que venga a arreglarle la leña.

Yo sabía que Clotilde andaba de mal humor porque Ramón no quería nada con ella. Cuando por fin Clotilde y Ramón se casaron, ya tenían una guagua y muchos sermones de mi madre. Les regalé mi cocina. Después Clotilde me contó que el “altefasto” no echaba humo y era su más preciado tesoro.

Fue pasando la niñez. Vinieron los primeros amores y también las inquietudes por hacer, por crear y aprender cosas.

Con el verano llegaban de Santiago los primos y la tía Valentina, apenas un poco mayor que nosotros.

Mi primer y sufrido amor fue Víctor Montes, hijo de la tía Anita. El nunca se fijó en mí, pese a que tía Enriqueta me prestaba sus vestidos y pa-

saba horas tratando de encresparme pestañas y cabellera.

Mi abuela, en su casa de campo, recibía gran cantidad de parientes y amigos. Los turnos para ocupar los dos únicos baños concluían después de mediodía; el almuerzo alrededor de las tres pasado meridiano y el día expiraba con un rosario y las interminables letanías que inventaba nuestra santa abuela, a quien cariñosamente apodábamos Memé. Aquel lugar parecía un pueblecito cobijando diferentes personalidades, algunas queridas, otras no gratas.

De ahí nos vino la idea y creímos necesario fundar una revista. Algunos primos pensábamos ser periodistas y empezamos a ensayar. Para eso dedicamos horas en busca y redacción de noticias interesantes.

Nació "El Polilla". Con un éxito rotundo, agotaba sus ediciones. Después, acusado de sensacionalista, fue requisado sin preámbulos ni leyes. "El Polilla" expiró. A sus redactores los amordazaron, amenazaron y persiguieron con todo rigor. El Gerente Responsable defendió la libertad de expresión basándose en los sagrados derechos humanos, mas no fuimos escuchados.

Las autoridades dictaminaron de innoble y bajo publicar: que la tía cuál, se ponía flores en el pelo cuando venía Zutano; que el tío Merengano, pasaba en el río con la fulanita; o que don X, un vecino solterón, visitaba todas las tardes a las Núñez porque estaba enamorado de Melita, la más pizpireta de las niñas.

Sin la obligación de andar ya tras caza de noticias, nos vino el interés literario. Recién almorzados nos escondíamos en lo alto de la higuera a esperar que vinieran “los grandes”, como llamábamos a nuestras madres, tías y amigas.

Por fin llegaban. Mientras unas cosían y otras tejían, la tía Anita leía en voz alta novelas y folletines. Desde lo alto de la higuera escuchábamos sin perder una letra, sin mover una rama: “Servidumbre Humana”, “Lo que el Viento se Llevó”, “Por Siempre Ambar”, “El Arabe”, “El Hijo del Arabe”, a las hermanas Brontë y a Waldo Frank.

A Shakespeare, Zweig, Azorín, Ortega y Gasset, Unamuno y Thomas Mann, los leímos otros veranos. Y en otros a Gide y Kafka. A Gabriela Mistral, Neruda y Tagore los leo siempre.

Mis primeras emociones artísticas las despertó Alejandro Flores. Recuerdo que en el escritorio pasaba horas enteras dando cuerda a la victrola para escuchar esa voz profunda que me hacía llorar cuando decía:

*Déjame subir al carro,  
carretero,  
mira que estoy muy cansado,  
que hace mucho que camino,  
mira que me marchó sin tino  
desde que fue la alborada.*

Más tarde supe que ese poema que tanto conmovió mi sensibilidad de cinco años, era *Por el Camino Adelante* del español Joaquín Dicenta.

Hasta donde sé —no tenemos antepasados artistas—, pero mi hermano Ismael pinta y Belisario y Patricio son poetas.

Un día tuvimos que dejar nuestro mundo. Era preciso estudiar, trasladarse a Santiago, tomar contacto con la civilización.

Para educarme escogieron un colegio de señoritas. Las únicas que me aceptaron hasta el fin, fueron las muy santas pero desafortunadas Mon-

jas Argentinas. Fui desordenada, odiaba estudiar y nunca memoricé nada. Pasaba de curso a punta de mandas y oraciones a la Virgen de Lourdes.

Sentí pasión por el ballet. Fui alumna de los talentosos bailarines clásicos Nina y Vadim Sulima. Ellos hacían clases en el tercer piso del Teatro Municipal; en una enorme sala que en los días de lluvia era invadida por tarros colocados bajo cada gotera, a fin de evitar inundaciones.

Se fueron los Sulima. No fui bailarina. Entonces me interesé por la guitarra; apenas toco en tres cuerdas. Finalmente me casé, mi vocación fue mi marido. Mi gran error, el quererlo demasiado.

En corto tiempo se deja la niñez y llega la madurez con su bagaje de penas.

Mi padre falleció repentinamente. Materialmente lo perdí, pero espiritualmente me acompaña. Por tantas situaciones difíciles salidas al camino, sé que lo tengo a mi lado protegiéndome como siempre.

*Padre  
si en tu lejanía  
no puedes oírme gemir  
sea*

*Dios bendito  
que te da  
paz.*

*Quebrada  
por tu partida  
la guía de tu mano  
ya no está.*

*Un día  
cansado  
creíste concluida la senda  
y se alejaron tus pasos  
anunciándome orfandad.  
Busqué  
tu guía inconclusa  
corrí senderos  
presentí hogar.*

*Padre  
no vuelvas  
la vista hacia mí  
quiero  
tu paz.*

Después de un matrimonio que terminó y me dejó con la gran pena de quedar sin hijos, el trabajar duro en diferentes cargos, tales como: vender alfombras de muro a muro, sin saber que el metro cuadrado se obtenía multiplicando el largo por el ancho; más adelante secretaria de abogados, luego en una casa de remates y, por último, de visitadora social en una radioemisora.

Por todo lo vivido, que se acumula en un rincón del alma, he ido formándome, pero, llego hasta Uds. sin saber quién y cómo soy.

En una entrevista, Verónica Loyola comentó que prefiero a los hombres como amigos. Es verdad, Verónica tiene razón; salvo muy pocas excepciones, las mujeres somos crueles entre nosotras.

Tiempo después Gloria Urgeles, en su página *Femenino* me calificó de “poetisa trágica”. Esta gran periodista fácilmente podría ser psicóloga. Todo lo tomo a lo trágico, no puedo superarme, no tengo remedio. El poema es un gran amigo a quien puedo contar —sin detenerme a imaginar— todo mi sentir, angustias y soledades. Creo

que por esta razón mi poesía, la más de las veces, carece de metáforas.

De Rosita Serrano, llamada en Europa "El Ruiseñor de Chile" fui amiga y compañera en buenos y malos momentos. Con ella pasamos encerradas y solas en mi pequeño departamento del cerro Santa Lucía aquellos inolvidables días de septiembre de 1973, tiempo que ella aprovechó para poner música a varios poemas míos. Ahora Rosita vive en Alemania y en su última carta me dice que con gran éxito canta de mi libro *Cardos*:

*Muerte*

*te espero en mi casa  
porque vivo sola  
te convido a mi mesa  
porque como sola  
te alojo en mi cama  
porque duermo sola.*

*Te convido a las nueve  
con tu sucio atuendo  
y en mi lecho  
haré lugar  
a tus huesos fríos.*

*Todo será fácil  
beberemos vino asoleado  
y al llegar el alba  
abandonaré mi cuerpo  
y marcharemos juntas.*

Pablo Garrido hizo un arreglo musical para poemas de *Tú, Ayer*, y Jorge Valenzuela —que canta a los poetas del Maule—, ha orquestado algunas poesías de *Cardos*. Es indescriptible lo que pueden hacer los grandes músicos por la poesía. Con la mía hicieron milagros.

Vivo mi tercera etapa, quizás la última. Sin hijos, ocho sobrinos llenan gran parte de mi soledad. A Marilú, sobrina mayor y ahijada, cuando cumplió un año, dediqué:

*La niña que yo tengo  
es linda —es suave  
tierna y fuerte.*

*La niña que yo tengo  
es mía  
hay veces —me la dan.*

*Su sangre y mi sangre  
son de tanto grado  
como si de mí  
hubiera nacido.*

*La niña que yo tengo  
es hermosa  
es mi orgullo  
es mi niña.*

*Mi niña  
es tierna —es débil  
y cuando llora  
llora con pena.*

Marilú ya cumplió los dieciséis años y es escritora inédita. María del Pilar, crítico estilista; Patricia es etérea bailarina de gran sutileza, y Macarena, otra de mis sobrinas, escribe cuentos mitad ficción, mitad realidad, con un aliento de ternura que hace temblar.

Porque es doloroso destruir lo que se ama y nace de nuestra alegría o dolor, guardé cuadernos con poemas y cuentos; que más de una vez mos-

tré a los parientes más cercanos, sin lograr por parte de ellos ningún interés.

Cuánto soy como escritora, lo poco que soy, se lo debo solamente a Jorge Quiroga Brunner. Hace ya casi ocho años, se adentró en mis papeles, creyó en mí, juntó, seleccionó y publicó en 1971 mi primer libro *Sol Dónde Estás*. Con tres buenas críticas de: Vicente Mengod, en "El Mercurio"; Efraín Szmulewicz, en "La Prensa", y otra firmada J. N., en "La Nación". Creí morir de alegría y Jorge se atrevió a publicarme *Cardos*, en 1972.

*Cardos* me abrió las puertas del Grupo Fuego de la Poesía. El día anterior al almuerzo de los poetas, su Presidente, Carlos René Correa, me invitó y advirtió por teléfono que debía leer tres poemas. Esa noche de vísperas no logré conciliar el sueño.

Al día siguiente llegué donde los poetas, todos eran amigos, se llamaban por sus nombres y se hacían bromas, ¡qué deseos tenía de pertenecer a ese Grupo!

Terminado el almuerzo leí mis poemas, que me parecieron interminables y zonzos; estaba aterrada. Pero vinieron los abrazos, felicitaciones y la

invitación al Mini-Fuego. Ya pertenecía al Grupo Fuego, ya tenía amigos.

Después la querida Sociedad de Escritores, donde conocí a los prosistas y a otros poetas. La Casa del Escritor, mi segundo hogar. Los escritores, mi nueva familia.

Antes de dar mis primeros pasos literarios no tuve la suerte de conocer a escritores. Hoy, sin embargo, puedo contar muy cerca, como maestra y entrañable amiga, a María Luisa Bombal, escritora admirada en todo el mundo y traducida a varios idiomas. María Luisa, talentosa conversadora, de triste mirada y alegre risa —cual madre de carácter muy joven—, ha sido capaz de escuchar todas mis descargas sentimentales y de ayudarme, sin reparar en tiempo y hora.

La franqueza de María Luisa Bombal no hierre, porque sabe decir las cosas. Hace pocos días Braulio Arenas me recordó aquella horrible vez que, convidados por Fernando Kri, asistimos al Canal 13 de Televisión. Allí Braulio disertó y mostró sus misteriosos “collages” y yo desafiné y canté a todo pulmón. Terminado el programa, regresé acompañada de Braulio a quien no saqué pa-

labra en todo el camino. En casa nos esperaba María Luisa, quien me dijo de un tirón.

—Cantaste pésimo, olvídate de la guitarra y dedícate a escribir.

Por María Luisa Bombal he podido captar que los grandes son sencillos, humildes y esperan en la última fila. Ella, con su fina prosa poética, prologó *Tú, Ayer*, mi tercer libro publicado en 1975.

Enormemente crédula, temo a los gatos negros, pasar bajo las escaleras, los paraguas abiertos dentro de la pieza, derramar sal sobre el mantel y al número 13. Leo mi horóscopo y para resguardarme del mal, invento sortilegios, maleficios y beneficios que me dejan muy tranquila.

Aquí termino un bosquejo de quién soy. Nuestro muy querido Oreste Plath, ese hombre de letras que entrega su tiempo para dar a conocer y alentar a tantos escritores, me invitó. Cumplí muerta de susto, soy terriblemente tímida. De eso se ha dado cuenta el Presidente de los Escritores, Luis Sánchez Latorre, que en Sesión de Directorio no me exige leer la correspondencia y lo hace él. Si alguna vez no está Luis Sánchez Latorre, me au-

xilia afectuosamente mi vecino de mesa, el poeta Fernando González-Urizar. También conoce mi secreto el Académico Monseñor Fidel Araneda Bravo, que en silencio me corrigió galicismos que hoy superé en las Actas de la Sociedad de Escritores de Chile. A Oreste, Luis, Fernando y a don Fidel, agradezco de corazón su amistad.

Pero todo no son flores en la familia literaria. Hay rencillas a muerte donde la fértil imaginación de los escritores hiera. Para mí basta un ejemplo: cuando con gran generosidad don Hernán Díaz Arrieta criticó mi libro *Tú, Ayer*, y terminó expresando que mi poesía “no forma sino una sola sombra larga”, “sobre la extensa playa de nuestra poesía”, no faltó la bondadosa amiga que llegó a consolarme y darme su más sentido pésame por el “palo” de Alone. La verdad es que yo estaba dichosa de que el gran crítico me hubiera tomado en cuenta y orgullosa de marcar, según sus palabras, una sombra sobre la extensa playa de la poesía chilena.

También tuve una mala crítica que me hizo llorar, realmente creo que lloré con razón. Aquel comentario fue doloroso. Pero para curar mi dolor, Dios me puso en el camino del poeta Roberto Me-

za Fuentes, noble caballero, que desenvainó su espada para lanzar valientes y floridas estocadas verbales en plena conciencia de mi agresor. A Roberto Meza Fuentes, mi voto de gratitud.

Mas todo pasa, y los rencores mueren ante el humanismo y comprensión de esta familia. Al final nos queda más amor que sinsabores.

También tenemos tristezas. Recuerdo a Francisco Santana, desaparecido trágicamente hace algunos meses y a la fiel e inapreciable confidente y buena consejera Patricia Morgan, aquejada de una cruel enfermedad.

Y ahí están, con su corazón latiendo por ayudar, críticos, comentaristas y escritores como:

Fidel Araneda Bravo, Alberto Arraño, Herme-lo Arabena Williams, Antonio Cárdenas Tabies, Edmundo Concha, Enrique Angel de Renzis, Roberto Flores Alvarez, Juan Florit, Hugo Goldsack, Ana Helfant, Jonás, Fernando Kri, Alfonso Larraona Kasten, Manuel Francisco Meza Seco, Modesto Parera, Andrés Sabella, Abraham Santibáñez y Suetonio (nuestro poeta Orlando Cabrera Leyva, que hace correr su máquina en ayuda de todos nosotros).

También viven entregando cuanto pueden:

Ester Matte (la hermana que no tuve), Pepita Turina (amiga incomparable), Francisca Ossandón, Eugenio García Díaz, José Luis Rosasco, Juan Antonio Massone, Miguel Angel Godoy, Efraín Szmulewicz, María Silva Ossa, Mimí Garfías, Antonio Montero, Zulema León, Martín Cerda, Waldemar Verdugo, Magdalena Vial, José Vicente Santomingo, Nancy Chambers, Guillermo Rubilar, Jaime Quezada, Sergio Bueno, María Urzúa, Elisa de Paut, Ximena Adriazola, Dolores Pincheira, Agnes Wasley, Carmen Chaperó, Manuel Eduardo Hübner, Gonzalo Orrego y Eliana González, mi secretaria. En la mente se me agolpan tantos nombres que sería largo de enumerar, pero que guardo con celo fraternal.

Un padre con aperos de huaso montando el potro; la madre tejiendo en los corredores, los hermanos, las mujeres del campo llevándonos de regalo lo mejor de su huerto, el paisaje, la naturaleza de mi tierra, son imágenes que llevo vivas. Imágenes que me han enseñado que la vida nos obliga a nacer, crecer y dar; que no se puede ser espiga verde toda una vida sin darnos cuenta que se va la cosecha.

Curicó, Romeral, el único universo que conocí por tantos años, no está pincelado en mis poemas, pero sí su gente. Don Garra, doña Uberlinda, sus hijos; gente sencilla, grabada por el sol de verano.

Para esos hombres que fueron niños cuando yo lo fui, escribí un día de soledad y recuerdos:

*Manos de piel gruesa  
manos de cuero  
rayadas por su oficio  
duras y secas  
como greda cocida.*

*Manos con rostro de viejo  
y ojos de niño.  
Manos que recuerdan  
olor a tierra sembrada.*

Si volviera a nacer, rogaría al cielo que me diera la misma familia y los mismos amigos.

ISABEL VELASCO

Santiago, 1º de junio de 1978.



EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS  
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa  
Miguel Arteche  
Gabriela Lezaeta  
Manuel Francisco Mesa Seco  
Cecilia Casanova  
Fernando González-Urizar  
Julio Flores  
Antonio Cárdenas Tabies  
Jaime Quezada  
Emma Jauch  
Carlos Ruiz-Tagle  
Alicia Morel  
María Silva Ossa  
Isabel Velasco  
Juan Antonio Massone  
Pepita Turina



**BIBLIOTECA NACIONAL**  
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL

Ca.  **16 DIC 2009**

D.  C.O.

SECCION CHILENA





EDITORIAL NASCIMENTO